



alta voz. Para mantener esta ley en su vigor, dióle orden de formar una junta venerable de setenta consejeros, que podía llamarse el Senado del pueblo de Dios y el Consejo perpétuo de la nación. Mostróse Dios públicamente, é hizo promulgar su ley en su presencia, con una demostración pasmosa de su majestad y de su poder.

Hasta entonces nada había Dios dado por escrito que pudiese servir de regla á los hombres. Los hijos de Abraham tenían solamente la Circuncisión y las ceremonias que la acompañaban, por señal de la alianza que había Dios contraído con aquella familia escogida. Estaban ellos por esta señal separados de los pueblos que adoraban las falsas deidades; en cuanto á lo demás, conservábanse en la alianza de Dios, por tener en su memoria las promesas hechas á sus padres; y eran conocidos como un pueblo que servía al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Estaba Dios tan profundamente olvidado, que era menester discernirle por el nombre de los que le habían adorado, y de quienes también era declarado protector.

No quiso este gran Dios abandonar más largo tiempo á la memoria sola de los hombres el misterio de la religión y de su alianza. Era ya preciso poner más fuertes reparos contra la idolatría, que inundaba todo el género humano, y acababa de extinguir en él el resto de la luz natural.

Habían la ignorancia y la ceguedad espantosamente crecido desde el tiempo de Abraham. En él, y un poco después, aún se dejaba ver el conocimiento de Dios en Palestina y Egipto. Melchisedech, rey (1) de Salem, era *el pontífice del altísimo Dios, que ha hecho el cielo y la tierra*. Abimelec, rey, y su sucesor llamado como él, temían á Dios, juraban en su nombre y estaban admirados de su poder. Las amenazas de este gran Dios eran formidables á Faraon, rey de Egipto; pero en el tiempo de Moisés estaban pervertidas (2) estas naciones. El verdadero Dios no era ya conocido en Egipto como el Dios de todos los pueblos del Uni-

(1) Gén. XIV, 18, 19.

(2) *Ibid.* XXI, 22, 23.

verso, sino como el Dios de los hebreos. Eran adoradas hasta las (1) bestias, hasta los viles gusanos. Todo era Dios, si no es Dios mismo, y el mundo que había Dios hecho para manifestar su poder, parecía haberse convertido en un templo de ídolos. Llegó el deslumbramiento del linaje humano hasta adorar sus vicios y sus pasiones; no hay que admirarse, porque no había poder más inevitable y tiránico que el suyo. Acostumbrado el hombre á hacer divino todo lo que era poderoso, como se sentía arrastrado al vicio por una fuerza que le dominaba, creyó fácilmente que fuese una fuerza extranjera, y le dió bien presto honores de deidad. De allí (2) nació que el amor impúdico tuviese tantos altares, y que impurezas que horrorizan empezasen á mezclarse en los sacrificios.

La crueldad se introdujo en esto al mismo tiempo. El hombre culpable, que estaba turbado por el conocimiento de su delito y miraba la Divinidad como enemiga, creyó no poder aplacarla con las víctimas ordinarias, y consideró preciso verter la sangre humana con la de los animales; un celo espantoso impelia los padres á sacrificar sus hijos á sus dioses, y á abrasarlos en vez de incienso. Eran comunes estos sacrificios desde el tiempo de Moisés, y sólo formaban una pequeña parte de las horribles iniquidades de los amorreos, cuya venganza cometió Dios á los israelitas.

Pero no eran sólo comunes á estos pueblos. Sábese que en todos los del mundo, sin exceptuar uno, han sacrificado los hombres sus semejantes; y ningún paraje hay (3) sobre la tierra donde no se hayan servido de aquellas malignas y espantosas deidades, cuyo odio implacable al género humano exigía víctimas semejantes.

Crecieron tanto las ignorancias del hombre, que llegó á adorar hasta la obra de sus propias manos. Creyó poder encerrar el espíritu divino en las estatuas, y olvidó tan profun-

(1) XXVI, 28, 29. — XXII, 17, 18. — Exod. V, 1, 2, 3. — IX, 1, 3. — VIII, 26.

(2) Lev. XX, 2, 3.

(3) Herod., lib. II. Caesar. d. bel. Calle VI. Diod., lib. I, 5. Plin. I, 30. Athen., lib. XIII. Porph. de abst., lib. II. Ior. de reb. Ger. et c.



damente que Dios le había hecho, que también se juzgó capaz de hacer un dios. ¿Quién podría creer, si la experiencia no lo manifestase, que un error tan craso y tan brutal fuese, no solamente el más universal, sino aun el más arraigado y el más incorregible entre los hombres? Así es forzoso reconocer, para confusión del género humano, que la primera de las verdades, aquella que el mundo predica, aquella cuya impresión es la más poderosa, era la más distante de la mente humana. La tradición, que la conservaba en los ánimos, aunque todavía clara y bastantemente presente, estaba próxima á desvanecerse; ocupaban su lugar fábulas ridículas, no ménos llenas de impiedad que de extravagancia. Había llegado al punto en que, mal guardada la verdad entre los hombres, no podía conservarse sin estar escrita; y habiendo fuera de esto resuelto Dios criar su pueblo en la virtud, por medio de leyes más expresas y en mayor número, resolvió al mismo tiempo dárselas por escrito.

Moisés fué llamado á esta obra. Recogió este grande hombre la historia de los siglos pasados: la de Adam, la de Noé, la de Abraham, la de Isaac, la de Jacob, la de Joseph, ó por mejor decir, la de Dios mismo, y de sus hechos maravillosos.

No necesitó desenterrar desde lejos las tradiciones de estos antepasados. El nació cien años después de la muerte de Jacob. Los ancianos de su tiempo habían podido conversar muchos años con aquel santo patriarca; la memoria de Joseph, y las maravillas que Dios había obrado por medio de este gran ministro de los reyes de Egipto, estaba aún reciente. La vida de tres ó cuatro hombres se remontaba hasta Noé, que había visto los hijos de Adam, y tocado, por decirlo así, el origen de las cosas.

Así, las tradiciones antiguas del género humano y las de la familia de Abraham, no eran difíciles de recogerse; aún estaba viva su memoria. Y no hay que admirarse de que Moisés, en su *Genesis*, hable de las cosas sucedidas en los primeros siglos como de cosas constantes, de que aún se veían, en los pueblos vecinos y en la tierra de Canaam, notables monumentos.

En el tiempo que Abraham, Isaac y Jacob habitaron aquella tierra, habían erigido por toda ella monumentos de las cosas que les sucedieron. Mostrábanse aún allí los lugares en que habían habitado, los pozos que en aquellos países secos habían cavado para beber su familia y sus ganados, los montes en que habían sacrificado á Dios y en que se les había aparecido, las piedras que habían levantado ó amontonado para que sirviesen de recuerdo á la posteridad, los sepulcros en que sus cenizas benditas reposaban. Estaba reciente la memoria de aquellos grandes hombres, no sólo en todo el país, sino aun en todo el Oriente, donde muchas naciones célebres jamás se han olvidado de que venían de su estirpe.

Así, cuando el pueblo hebreo entró en la tierra prometida, no había allí cosa que no celebrase sus antepasados; no había ciudad, no había monte, no había piedra que no hablase de aquellos hombres maravillosos y de aquellas pasmosas visiones con que los había Dios confirmado en la antigua y verdadera creencia.

Los que saben algo de las antigüedades, no ignoran cuán curiosos eran los primeros tiempos en erigir y conservar semejantes monumentos, y cuán cuidadosamente retenía la posteridad en su memoria las causas que lo habían motivado. Este era uno de los modos de escribir la Historia: más adelante se labraron y pulieron las piedras; y las estatuas, después de las columnas, sucedieron á las masas rústicas y sólidas que los primeros tiempos erigían.

Hay también grandes razones para creer, que en la línea, donde se conservó el conocimiento de Dios, también se conservasen por escrito las memorias de los tiempos antiguos, porque nunca estuvieron los hombres sin este cuidado. A lo ménos, es seguro que se hacían cánticos, que los padres enseñaban á sus hijos, cánticos que, entonándose en las fiestas y en los concursos, perpetuaban allí la memoria de las acciones más sobresalientes de los siglos pasados.

De allí nació la poesía, variada con el curso del tiempo en muchas formas, de las cuales la más antigua todavía se conserva en las odas y en los cánticos empleados por todos los an-



tiguos, y aun al presente por los pueblos, que no tienen el uso de las letras, en alabar la divinidad y los grandes hombres.

El estilo de estos cánticos, animoso, extraordinario, pero natural en su propiedad de representar la naturaleza en sus transportamientos, que por esta razón camina por vivas é impetuosas ocurrencias, libre de las ligaduras ordinarias, que piden unido el discurso, encerrado á más de esto en cadencias numerosas que aumentan su fuerza; sorprende el oído, cautiva la imaginación, mueve el corazón y se imprime con más facilidad en la memoria.

Entre todos los pueblos del mundo, el que más ha usado de tales cánticos ha sido el pueblo de Dios. Moisés señala un gran número de ellos, que denota por los primeros versos que el pueblo sabía lo restante. El mismo hizo dos de esta naturaleza. El primero nos representa el paso triunfante del mar Rojo y los enemigos del pueblo de Dios, los unos ya anegados y los otros medio vencidos del terror. Por el segundo confunde Moisés la ingratitud del pueblo, celebrando las bondades y las maravillas de Dios. Los siglos siguientes le imitaron. Dios era y sus obras maravillosas el objeto de las odas que compusieron; Dios mismo les inspiraba, y no hay propiamente otro que el pueblo de Dios adonde haya venido la poesía por entusiasmo.

Había Jacob pronunciado en este lenguaje místico los oráculos que contenían la suerte de sus hijos, á fin de que cada tribu retuviese más fácilmente en la memoria lo que le tocaba, y les enseñó á alabar á aquel que no era ménos magnífico en sus promesas que fiel en cumplirlas.

Estos fueron los medios de que Dios se sirvió para conservar hasta Moisés la memoria de las cosas pasadas. Instruido por todos ellos este grande hombre, y más altamente ilustrado por el Espíritu-Santo, escribió las obras de Dios con una exactitud y sinceridad, que atrae la creencia y la admiración, no á sí, sino á Dios mismo.

Juntó á las cosas pasadas, que contenían el origen y las tradiciones antiguas del pueblo de Dios, las maravillas que obraba actualmente por su liberación, de que no cita á los israel-

litas otros testigos que á sus mismos ojos. No les refiere Moisés cosas sucedidas, en retiros impenetrables y en profundas cuevas; no habla sin fundamento; particulariza y circunstancia todas las cosas, como quien no teme ser desmentido. Funda todas sus leyes y toda su república sobre las maravillas que ellos vieron. No eran estas ménos, que la naturaleza mudada de improviso en diversas ocasiones por libertarlos y por castigar sus enemigos; el mar dividido en dos partes, la tierra entreabierta, un pan celestial, aguas abundantes sacadas de las peñas á un golpe de vara; el cielo que les daba una señal visible para mostrarles su marcha, y otros milagros semejantes que vieron durar por cuarenta años.

No era el pueblo de Israel más inteligente ni más sutil que los otros pueblos, que habiéndose entregado á sus sentidos, no podían comprender un Dios invisible. Al contrario, era tosco y rebelde tanto ó más que cualquier otro. Pero este Dios invisible en su naturaleza se hacía de tal modo sensible por sus continuos milagros, y Moisés los inculcaba con tanta fuerza, que en fin, aquel pueblo carnal se dejó persuadir de la idea tan pura de un Dios que todo lo hacía por su palabra, de un Dios que no era sino espíritu, razón é inteligencia.

De este modo, en tanto que la idolatría, tan grandemente aumentada después de Abraham, cubría toda la superficie de la tierra, sola la posteridad de este patriarca estaba exenta de tan gran mal. Sus enemigos les daban este testimonio, y los pueblos donde la verdad de la tradición no estaba aún enteramente extinguida, exclamaban con (1) asombro: *No se ve en Jacob idolo alguno; no se ven presagios superstitiosos; no se ven divinizaciones, ni sortilegios; este es un pueblo que se fia en el Señor su Dios, cuyo poder es invencible.*

Para imprimir en los ánimos la unidad de Dios y la perfecta (2) uniformidad que pedía en su culto, repite frecuentemente Moisés, que en la tierra prometida, este Dios único escogería un lugar en el cual sólo se harían las fiestas.

(1) Núm. XXIII, 21, 22 y 23.

(2) Deut. XII, XIV, XV, XVI y XVII.



los sacrificios y todo el servicio público. En tanto que se esperaba este lugar deseado y que andaba el pueblo errante por el desierto, construyó Moisés el tabernáculo, templo portátil, donde los hijos de Israel presentaban sus votos al Dios que había hecho el cielo y la tierra, y que no se desdenaba de viajar (por decirlo así) con ellos y de conducirlos.

Sobre este principio de religión, sobre este fundamento sagrado, estaba fabricada toda la ley; ley santa, justa, benéfica, honesta, sabia, pródiga y sencilla, que ligaba la sociedad de los hombres entre sí con la santa sociedad del hombre con Dios.

A estas santas instituciones juntó ceremonias majestuosas, fiestas que renovaban la memoria de los milagros con que había el pueblo de Israel sido libertado, y lo que ningún (1) otro legislador había osado hacer, seguridades precisas de un buen suceso en todo mientras viviesen sujetos á la ley, y amenazas ciertas de que su desobediencia sería seguida de una manifiesta é inevitable venganza. Preciso era estar asegurado de Dios para dar este fundamento á sus leyes, y el suceso ha justificado que habló Moisés lo que dictaba Dios.

En cuanto á aquel gran número de observancias de que cargó á los hebreos, aunque por ahora nos pareciesen supuestas, eran entonces necesarias para separar el pueblo de Dios de los otros pueblos, y servían como de antemural contra la idolatría, para que no arastrase á este pueblo escogido con todos los otros.

Para mantener la religión y todas las tradiciones del pueblo de Dios, es entre todas las tribus escogida una, á quien da Dios en el repartimiento con las décimas y las obligaciones el cuidado de las cosas sagradas. Leví mismo y sus hijos son consagrados á Dios como la décima de todo el pueblo. En Leví, Aaron es elegido para ser Sumo Pontífice, y se hace en su familia hereditario el sacerdocio.

Así los altares tienen sus ministros, la ley sus defensores particulares, y la continuación del pueblo se halla justificada por la sucesión

de sus pontífices, que vienen sin interrupción desde Aaron, el primero de todos.

Pero lo mejor que había en esta ley es, que preparaba el camino á otra ley más augusta, ménos cargada de ceremonias y más fecunda en virtudes.

Para tener Moisés al pueblo en la esperanza de esta ley, les confirma la venida de aquel (1) gran profeta, que descendería de Abraham, de Isaac y de Jacob. *Dios, dice, os suscitará de en medio de vuestra nación y del número de vuestros hermanos, un profeta semejante á mí. Escuchadle.* Este profeta semejante á Moisés, legislador como él, ¿quién podía ser sino el Mesías, cuya doctrina había algún día de reglar y de santificar todo el universo?

Hasta él no había de verse en todo Israel profeta alguno semejante á Moisés, á quien Dios hablase (2) cara á cara y que diese leyes á su pueblo. Por eso hasta los tiempos del Mesías, siempre y en todas las dificultades, no se funda el pueblo sino en Moisés. Como Roma reverenciaba las leyes de Rómulo, de Numa y de las Doce Tablas; como Atenas recurría á las de Solón; como Lacedemonia conservaba y respetaba las de Licurgo, así el pueblo hebreo incesantemente alegaba las de Moisés. En cuanto á lo demás, había el legislador reglado tan bien en ellas todas las cosas, que jamás hubo necesidad de alterar nada. Por esto el cuerpo del derecho judaico no es una recopilación de diversas leyes, hechas en tiempos y en ocasiones distintas. Moisés, alumbrado del Espíritu de Dios, todo lo había previsto. Ninguna ordenanza se ve de David, ni de Salomón, ni de Josafat ó de Ezequías, aunque todos muy celosos por la justicia. No necesitaban los (3) buenos príncipes, sino de hacer guardar la ley de Moisés, y así se contentaban con recomendar la observancia á sus sucesores. Añadirle ó disminuirla en un sólo artículo, era un atentado, que hubiera mirado con horror el pueblo. Cada momento se necesitaba de la ley, no sólo para arreglar las fiestas, los sacrificios, las cere-

(1) Deut. XVIII, 15, 18.

(2) Ibid. XXXIV, 10.

(3) III Reg. XI, 2, et Deut. IV, 2; XII, 32, etc.

(1) Deut. XXVII, XXVIII, etc.



monías, sino también todas las demás acciones públicas y particulares; los juicios, los contratos, los matrimonios, las sucesiones, los funerales, hasta la forma de los vestidos y generalmente todo lo que mira á las costumbres. Ningun otro libro habia en que se estudiasen los preceptos del bien vivir. Era necesario hojearle y meditarle noche y dia, entresacar de él sentencias, y tenerlas siempre presentes. En él era donde los niños aprendian á leer. La única regla de educacion que estaba dada á sus padres, era de enseñarles, de imprimirles, de hacerles observar esta santa ley, que podia por sí sola hacerlos sábios desde la infancia. Así, debía estar entre las manos de todos. A más de la lectura continua que cada uno debía hacer de ella en particular, se hacia cada siete años, en el año solemne de la remision y del reposo, una lectura pública, y como (1) una publicacion, en la fiesta de los tabernáculos, en que ocho dias estaba congregado todo el pueblo. Hizo Moisés depositar junto al arca el original del *Deuteronomio*, que era un epitome de toda la ley. Pero temiendo que con el curso del tiempo fuese alterado por la malicia ó negligencia de los hombres, á más de las copias que corrian entre el pueblo, se hacian ejemplares auténticos, que cuidadosamente revistos y guardados por los sacerdotes y por los levitas, tenían veces de originales. Los reyes (porque Moisés habia bien previsto que aquel pueblo llegaría en fin á tener reyes como todos los demás), los reyes, digo, estaban obligados por una (2) ley expresa del *Deuteronomio* á recibir de mano de los sacerdotes uno de aquellos ejemplares tan religiosamente corregidos, á fin de copiarle y leerle toda su vida. Los ejemplares así revistos por autoridad pública, estaban en singular veneracion en todo el pueblo, y eran mirados como inmediatamente salidos de las manos de Moisés, tan puros y enteros como Dios se los habia dictado. Habiéndose hallado un antiguo volumen de esta severa y religiosa correccion en la casa del Señor reinando Josías, que puede ser fuese (3) el original mis-

(1) Deut. XXXI, 10, 2. Esdr. VIII, 17, 18.

(2) Ibid. XVII, 18.

(3) IV Reg. 22, 8, etc. II Paral. 34, 14, etc.

mo que habia Moisés hecho poner junto al arca, excitó la piedad de aquel santo rey, y le dió ocasion de mover el pueblo á penitencia. Los grandes efectos que produjo en todos tiempos la lectura pública de esta ley, son innumerables. En una palabra, era un libro perfecto, que estando unido por Moisés con la historia del pueblo de Dios, todo se lo enseñaba junto: su origen, su religion, su policía, sus costumbres, su filosofia, todo lo que sirve á reglar la vida, todo lo que une y forma la sociedad, los buenos y los malos ejemplos, la recompensa de los unos, y los rigurosos castigos que habian seguido á los otros.

Por esta admirable disciplina, un pueblo salido del cautiverio y tenido cuarenta años en un desierto, llega todo formado á la tierra que ha de ocupar. Conducele Moisés (1) hasta la puerta, y advertido de su próximo fin, somete á Josué todo lo restante. Pero antes de morir compone aquel (2) largo y admirable cántico, que empieza por estas palabras: *Oh cielos, escuchad mi voz; de la tierra oidos á las palabras de mi boca*. En este silencio de toda la naturaleza habla luego al pueblo con una fuerza inimitable, y previendo sus infidelidades, le descubre el horror de ellas. Arrebátase de repente, como hablando todo discurso humano inferior á un motivo tan grande; refiere lo que Dios dice, y le hace hablar con tanta grandeza y tanta bondad, que no se sabe qué es lo que más inspira, si el temor y la confusion, ó el amor y la confianza.

Aprendió todo el pueblo de memoria este divino cántico, de órden de Dios y de Moisés. Despues de esto murió contento (3) este grande hombre, como quien no habia perdonado diligencia alguna por conservar entre los suyos la memoria de los beneficios y de los preceptos de Dios. Dejó sus hijos entre sus ciudadanos sin distincion alguna, y sin ningun establecimiento extraordinario. Ha sido admirado, no sólo de su pueblo, sino de todos los del mundo, y nunca legislador alguno ha tenido nombre tan grande entre los hombres.

(1) Deut. 31.

(2) Ibid. 32.

(3) Ibid. 31, 19, 22.



Créese que escribió el libro de Job. Lo sublime de los pensamientos y la majestad del estilo, hacen esta historia digna de Moisés. De temor que los hebreos se ensoberbeciesen atribuyéndose á sí solos la gracia de Dios, era conveniente hacerles entender, que este gran Dios tenía también sus escogidos en la estirpe de Esau. ¿Qué doctrina habia más importante? ¿Y qué entretenimiento más útil podia dar Moisés al pueblo afligido en el desierto, que el de la paciencia de Job, que dejado entre las manos de Satanás para que le ejercitase con todo género de penas, se ve privado de sus bienes, de sus hijos y de todo consuelo sobre la tierra, inmediatamente despues infecto de una horrible enfermedad, y agitado en lo interior de la tentacion, de la blasfemia y de la desesperacion, que no obstante, permaneciendo firme, hace ver que una alma fiel, sostenida del socorro divino, en medio de las pruebas más espantosas, y á pesar de los más abominables pensamientos que el espíritu (1) maligno pueda sugerir, sabe, no solamente conservar una confianza invencible, sino también elevarse por sus propios trabajos á la más alta contemplacion, y reconocer en las penas que sufre con la nada del hombre, el supremo imperio de Dios y su sabiduria infinita? Esto es lo que enseña el libro de Job. Y como lo pedia la condicion de aquel tiempo, se ve la fe del santo hombre coronada de prosperidades temporales; pero el pueblo de Dios aprende juntamente á conocer cuál es la virtud de la tolerancia, y á probar la gracia que habia algun dia de estar unida á la cruz.

Habíala Moisés probado, cuando prefirió las penalidades y la ignominia, que le (2) era preciso padecer con su pueblo, á las delicias y á la abundancia de la casa del rey de Egipto. Desde entonces le hizo Dios probar los oprobios de Jesucristo. Aún más los probó en su precipitada fuga y en su destierro de cuarenta años. Pero entonces apuró hasta el fondo el cáliz de Jesucristo, cuando escogido para salvar el pueblo, le fué forzoso tolerar (3) continuas rebelio-

(1) Job. XIII, 15; XIV, 14, 15; XVI, 21; XIX, 25.

(2) Exod. II, 10, 11; Hebr. XI, 24, 25, 26.

(3) Núm. XIV, 10.

nes con riesgo de su vida. Entonces aprendió lo que cuesta salvar los hijos de Dios, é hizo ver desde lejos lo que una más alta liberacion costaria algun dia al Salvador del mundo.

Tampoco tuvo este grande hombre el consuelo de entrar en la tierra prometida; vióla solamente desde la cumbre de un monte, y no se avergonzó de escribir que estaba excluido de ella por un pecado, que por leve que pareciese, mereció ser (1) tan severamente castigado en un hombre, cuya gracia era tan eminente. Fué Moisés ejemplo de los severos celos de Dios y del juicio que ejerce con tan terrible exactitud, en los que se hallan obligados de sus dones á una más perfecta fidelidad.

Pero aun más alto misterio se nos muestra en la exclusion de Moisés. Este sabio legislador, que con tantas maravillas no hace sino conducir los hijos de Dios á la vecindad de su tierra, nos sirve él mismo de prueba, que su ley nada lleva á la perfeccion, y (2) que sin poder darnos el cumplimiento de las promesas, nos las hace *saludar desde lejos*, ó cuando más, nos conduce como á la puerta de nuestra heredad. Un Josué es, un Jesús es, que este era el verdadero nombre de Josué, quien por este nombre y por su oficio representaba al Salvador del mundo; este es aquel hombre tan altamente elevado sobre Moisés en todo, y aun superior sólo por el nombre; este es aquel, digo, que ha de introducir al pueblo en la Tierra Santa.

Por las victorias de este grande hombre, á cuya vista el Jordan retrocede su curso, las murallas de Jericó caen de sí mismas, y el sol se detiene en la mitad del cielo, Dios establece sus hijos en la tierra de Canaan, de donde arroja por su medio pueblos abominables. Con el odio que infundia contra ellos á sus fieles, les inspiraba un extremo desvío de su impiedad; y quedaron al mismo tiempo llenos de temor á la justicia divina, de cuyos decretos eran ejecutores, por el castigo que contra los otros ejercitaba por su ministerio. Una parte de aquellos pueblos que echó Josué de (3) su tierra, se

(1) Núm. XX, 20.

(2) Hebr. VII, 19.

(3) Procop. lib. II, de bell. Vandal.